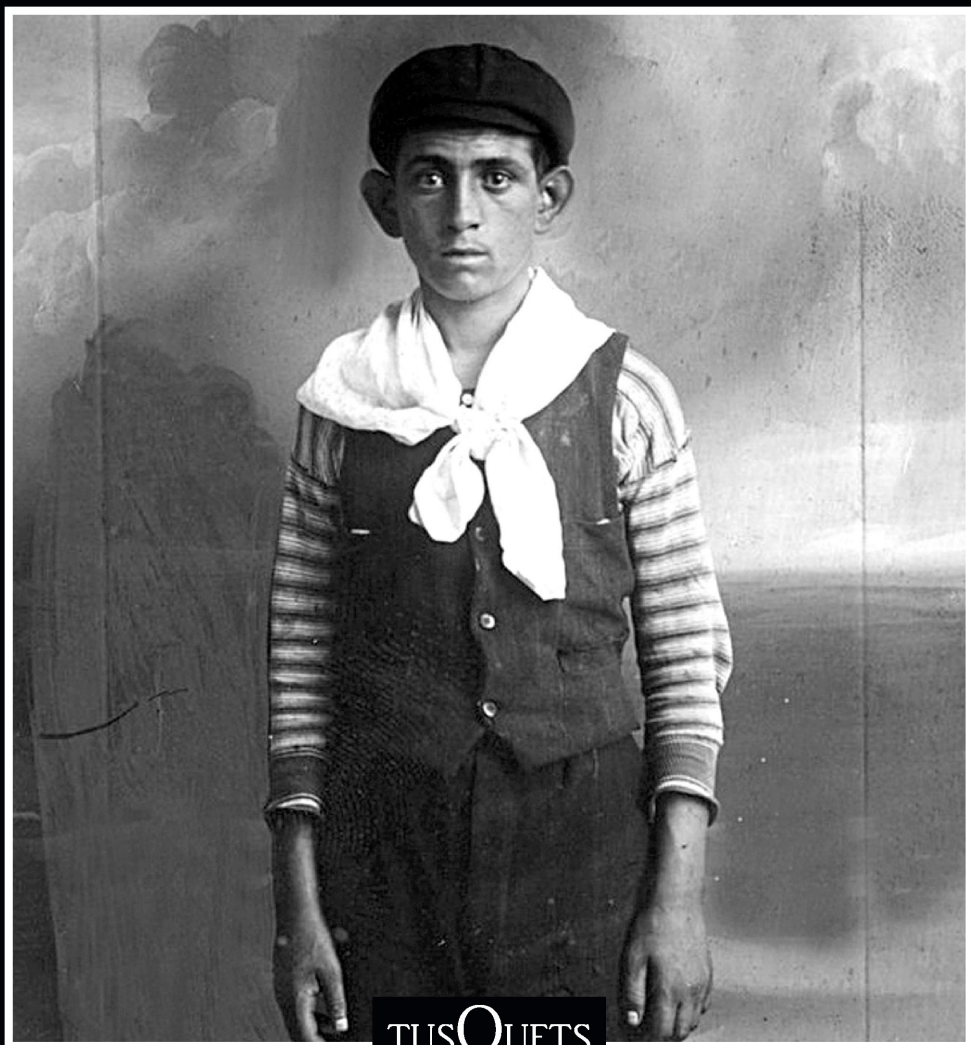


María Moreno

EL PETISO OREJUDO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

MARÍA MORENO
EL PETISO OREJUDO

TUSQUETS
EDITORES

EL RAPTO

¡Brrrr! ¡Qué frío! Noche cerrada en la Ciudad Bacteria (como un nuevo foco del imperio de la anomalía). En el vientre nervioso de la Cristalería Rigoleau la jornada obrera no se detenía. Máquinas estrambóticas largaban un ruido monótono de engranajes chillones que se expandía contra el techo de chapa junto al de los gritos cabreros del capataz y el de las toses sofocadas que es la respiración del trabajo. Niños metidos en pozos humeantes soplaban botellas; otros, sentados frente a largas mesas, limaban bordes de envases (tenían ojeras como chupones y delantales grises como las nubes antes de la tormenta). De pronto uno se quedó dormido. El capataz se acercó de puntillas y lo golpeó con fuerza en la cabeza. A través de los ventanales: la mole gris de la Fosforera Argentina con sus niños trabajando frente a grandes calderos de magnesio. Chispas en el aire, iguales a estrellitas de tranvía. Fogonazos de veneno derecho a los frágiles pulmones. Algunos tosían y se limpiaban las velas en la manga del uniforme gris. Se diría un jardín de los suplicios misho.

Coro El Paladar del Pueblo:

*Cuando la perra vida recién empieza,
el sol sale, la rata vuelve al baldío
con un zapatillazo en el hocico,*

*y Last Reason toma la del estribo
en la fonda El Puchero Misterioso
junto al bloque de notas y el bufoso,*

*él sale a buscar su cometido,
y si lo logra su corazón es un tambor
mientras escapa con un escalofrío.
¡El aire huele a sangre de angelito!*

*(Firmado «un poeta macabro de la más exquisita
y tropical imaginación».)*

—¡Jesuaaaal... do! ¡Jesuuu!

Bebé levanta los ojos por sobre el tazón de leche y, con un rápido movimiento de las nalgas, comienza a arrastrarse hasta el borde de la silla. Un bigotito de nata aparece sobre sus labios húmedos, entre las mejillas bruscamente sonrojadas por la excitación. Es que, desde el patio del fondo, lo están llamando.

Bebé no es como el don Manuel Osorio Manrique de Zúñiga pintado por Goya y reproducido por el almanaque de la pared: no tiene un traje de terciopelo colorado para asistir a las sesiones de retrato, ni una jaula de mimbre repleta de pajaritos chinos, ni un mirlo que sabe sostener con el pico tarjetas de visita. Su mamá, para ahorrarse horas de estar doblada sobre el piletón, le ha puesto de entrecasa un delantal verde de tela *sufrida* que, sobre esas piernitas impacientes, parece la pantalla

de un velador. Hace unos meses le pasó por la cabeza un poco de bicloruro para ablandarle las liendres y le frotó el cuero cabelludo con una pomada. Luego tomó la navaja de afeitar y le rasuró a fondo la cabeza. Ahora a Bebé le asoma una pelusa castaña que ralea al llegar a la nuca.

Bebé se parece a esos angelitos pintados que se agarran de una cinta en los organitos.

Sus manos, llenas de pulseritas, son pedigüeñas y saben juntarse para formar un cuenco ante el jarro del manisero, pero todavía agarran la cuchara con todos los dedos como el modelo de la propaganda de lecitina de soja; las uñas siempre «de luto» están bordeadas por pellejitos para él tan deliciosos como confites.

Bebé es más lindo que don Manuel Osorio Manrique de Zúñiga y no es un niño expósito como esos que fabrican cables para la instalación eléctrica de la Calle Larga, porque él itiene padres! Ella, jovencita, una italiana de *tarantella*, todavía con la cara amanzanada con que bajó del barco. Él, algo mayor, es el sastre de la barriada.

A Bebé le gusta el baúl grande que tiene adentro una mantilla blanca y un pantalón de terciopelo venidos desde Italia, pero no se los dejan poner.

Bebé, papá y mamá viven en la mejor pieza de la casa: la sala que, desde la ventana, parece

un negocio. Allí papá suele coser, sobre un muñeco sin cabeza y con la boca llena de alfileres, trajes para caballero.

La pieza no es muy aireada, y cuando Bebé hace caca y arrastra la pelela como si fuera un andador, mostrando sin vergüenza su sexo tan chiquito como el dedal de papá, hay que abrir la ventana, sin fijarse en el tiempo que hace.

Bebé no tiene silla alta con bandeja y contador de colores. Come y toma la leche ahí nomás, sobre la mesa donde mamá plancha y corta la verdura y papá sigue con la tijera el caminito de los moldes.

Por la ventana entra el pregón de Camilo, el negro vendedor de fósforos, pero Bebé está muy atento y tras el pregón vuelve a escuchar:

—¡Jesuaaaldo! ¡Jesuuu!

Entonces levanta el tazón y, sin dejar de beber, lo hace girar entre las manos mientras espía con un ojo el desmoronamiento del azúcar y las migas apelmazadas del fondo. Mira cómo las olitas de leche desordenan los dibujos tornasolados de la manteca hasta que una le empapa la barbilla (el tazón está cachado en un borde, justo donde a él le gusta apoyar los labios); de pronto, cree ver la sombra de una cara fea de rasgos estirados como las que se reflejan en los espejos deforman-

tes; esa cara no es la de Bebé, pero él no se asusta: ya ha visto caras así en el techo de la pieza y sabe que son manchas. Por eso se toma hasta la última gota de leche. Después, sin limpiarse la boca, se baja de un salto de la silla y escapa hacia la calle.

El Oreja dobla por Progreso y espía el forcejeo de los niños arremolinados en la puerta de un conventillo. No sabe que para incursionar con dignidad por el mundo del delito hay que empezar por comprarse un ambo.

Del hábito de hacer changas en los corralones conserva el gusto por la alpargata engomada y la gorra jockey; del de robar relojes a los pobres que trabajan en obras de construcción, la simpatía por el piolín de plomada que usa para todo servicio. El pantalón abolsado, a lo *esquenún*, apenas alcanza a cubrirle las piernas de maceta donde las várices delatan a un contraventor de la Ley de Vagos.

No sabe leer ni escribir pero podría contar de memoria todos los baldíos tapiados, los almacenes que tienen despacho de bebidas y los fondines con menú fijo situados entre Once y Parque Patricios. Cualquier pesquisa de instinto podría deducir que, por lo menos un par de veces, ha sido bautizado «el infrascripto», conocido el trato de

un auxiliar cabrero y obligado a recibir, poniendo el dedo en forma de gancho, un cigarrillo entre dos barrotes. Es que lleva la cabeza gacha y camina pegado a la pared como si quisiera ser el Hombre Invisible y, a pesar del calor, anda con chaleco, como si supiera que puede pasar la noche fuera de su casa. El identikit también daría como resultado que es cliente del Barrio de las Ranas y del Bajo Belgrano, donde suele concurrir a comprar mercadería robada para ofrecerla luego en bandeja y a precios módicos por las calles del propio barrio.

Ver a los dos chicos parados en la puerta del conventillo le hace apurar el paso. Quizá sepa que no tiene el glamour de los gitanos que raptan criaturas y las hacen dormir en cajones de fruta para que no crezcan, ni el de los ladrones que enseñan la baraja trucada y el precio de las nalgas a los niños perdidos, antes de salir fotografiados en las páginas de *Caras y Caretas*, pero puede con la volada de un ser pequeño y con dientes de leche, pobrecito.

Los chicos juegan con el propio cuerpo como esa huérfana del cuento que se había dibujado en la rodilla un rostro grotesco al que hacía sonreír con solo doblar la pierna y cuya historia contaba un payaso del Circo Raffetto: se zamarrean con

fuerza entre risas y grititos. El Oreja toma de la mano a la nena. Pero por azar, capricho o la precoz sabiduría de una mujer callejera, ella chilla, se retuerce y da pataditas en el aire hasta que se suelta y el Oreja queda en medio de los dos chicos. Se ruboriza. Mira hacia los costados para saber si hay algún mayor capaz de cortarles por lo sano las intenciones y, a lo lejos, para vigilar la parada del chafe. Los chicos se han alejado unos pasos y, sin mirarlo, vuelven a su juego. El extiende los brazos con vacilación como si estuviera jugando a la gallina ciega. Siente que se le escabullen. Está a punto de irse y, bufando, se dispone a meterse las manos en los bolsillos. Pero de pronto mira a uno que no había visto: así de chiquito, ¿qué fuerza podía tener? Entonces, de golpe sabe que no puede perder más tiempo. Se agacha un poco y lo alza. Luego se aleja rápidamente. No deben haber pasado más de tres minutos desde que se detuvo en la puerta del conventillo.

Bebé está acostumbrado a que los desconocidos le regalen caramelos o lo levanten en brazos, arrobados por esos mofletes sedosos, por esa cara de muñeco de porcelana alemán. Cuando mira frente a frente al tipo que lo ha alzado, todavía conserva la sonrisa. Pero después se da cuenta de

que no lo conoce. Entonces grita, le pega patadas y le golpea el pecho con los puñitos; no está asustado: esos mismos gestos de empaque hace cuando lo atrapan y lo retienen para hacerle tomar una cucharada de jarabe o pasarle un algodón con alcohol por una rodilla despellejada. Pero el Oreja lo está alejando del zaguán de su casa y Bebé está sometido a las fronteras evolutivas del andar de los niños: la puerta de la pieza, la puerta cancel, el cordón de la vereda, la vereda de enfrente, la gran avenida. Entonces sí su corazón se sobresalta. Ahora comprende —sin saber siquiera nombrarla—, el sentido de la palabra «desconocido».

El Oreja le promete caramelos de chocolate, hace ruidos con la boca como los que Bebé ha escuchado tantas veces cuando se lo persuade para hacer pis. Por sobre el hombro ve alejarse a Rosita, la puerta de su casa, el cartel que dice «Sastre» y que no sabe leer.

Bebé ha sido raptado. ¿Su precio? Tres caramelos de chocolate.